

El lenguaje figurado en el español histórico y el actual: la historia como modeladora del español mexicano en su aspecto coloquial

Afrit Hernández Villalba
(México)

Resumen

En este breve trabajo intento dar fe de cómo el español mexicano ha cambiado en su naturaleza tonal a partir de influencias sociales y hechos históricos específicos. En él, intento comprender cómo se ha trasfigurado a partir del carácter de identidad que a su vez fue forjado por los hechos históricos ocurridos en ese momento tocando la Independencia de México, la Revolución y por supuesto aquello que proviene de la Conquista y el virreinato.

Asimismo, busco abordar tres puntos específicos. Por un lado, revisar tres hechos históricos relevantes en la historia mexicana (en 1492, el descubrimiento de América y en 1521, la conquista de México por España; en 1810, la Independencia de México y finalmente en 1910, la Revolución Mexicana) y a partir de estos hechos, refiero cómo su carácter se manifiesta en aspectos fraseológicos del lenguaje español como lo son por ejemplo el uso de nahuatlismos, la cortesía hiperbólica y el machismo en el lenguaje.

Por principio, debemos partir del hecho de que México es un pueblo conquistado. La conquista es un hecho histórico que va desde 1518 hasta la caída de la gran Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521. Octavio Paz en el libro *El laberinto de soledad*, Samuel Ramos en el libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, así como León Portilla en el ya clásico *La visión de los vencidos* postulan la tesis que este choque cultural entre el conquistador y el conquistado, así como su subsecuente imposición de lengua y religión, crearon en el mexicano un complejo de inferioridad,

descrito este como un mecanismo mental que obliga a los mexicanos a sentirse de menor valía frente a cualquier extranjero que se le presente. Este mecanismo fue desarrollado durante tres siglos de dominación española donde el indígena fue sometido al esclavismo.

Así, tenemos en la lengua española mexicana naciente una serie de características muy claras. Entre todas ellas, distingo sobre todo el sincretismo entre lenguas nativas y el español peninsular. Un sincretismo se puede definir como una comunión entre dos culturas para crear una nueva. El español peninsular tuvo que echar mano de las lenguas nativas para crear así un nuevo español que se adecuara mejor a la comunicación entre indígenas que representaban el otro, un nuevo mexicano. Algunas de las características de esta unión son:

Incorporación en el léxico mexicano de indigenismos, también llamados nahuatlismos o aztequismos (Company, 2002), que a su vez se caracteriza entre otras cosas por lo siguiente:

1. Uso reiterado de Ch en el uso de objetos cotidianos: chile, chocolate, chayote, chicle, huarache (sandalia), chilpayate (niño), así como en nombres propios: Xochitl, Chavela (apocorístico de Isabel), Chón (apocorístico de Ascensión) y topónimos de Xochitepec.

2. Terminación reiterada en ate: chocolate, aguacate, tomate, mecate, cacahuate, petate, metate, zacate, etc.

3. Pérdida del uso reverencial del náhuatl. Esta lengua tiene entre sus distintos modos, uno reverencial que es el que era usado para dirigirse a personas de cierto estatus social o religioso. También era usado con ancianos o padres. Este uso parece desaparecer pero lo que en realidad ocurre es que se transfigura.

Los anteriores puntos dieron como resultado el uso reiterado de la cortesía hiperbólica entre la naciente sociedad a la que después llamaremos México y que en ese momento se llama la Nueva España, y que va desde los siglos XVI al XIX. En ella, los españoles tenían un puesto privilegiado socialmente y las castas nacientes de mezclas indígenas, con personas negras traídas por el mercado esclavista, adoptaron el español impuesto para luego trasfiguralo en un fenómeno interesante: la cortesía del mexicano hacia grupos superiores (aunado por supuesto al ya mencionado complejo de inferioridad) se vuelve exagerada, hiperbólica, extremadamente sumisa.

Así lo muestra el cambio que sufre la voz “Vuestra Merced”, para dirigirse reverencialmente a la segunda persona del singular que después cambió al “Vos, Vsted, Usted (con mayusculismo), para derivar en el “usted” (Company, 2002). Otro fenómeno derivado de estos tres siglos de Virreinato es la elipsis de la negación. La elipsis es esa figura retórica que prefiere omitir una parte de la oración por sobreentenderse. Así, los mexicanos evitamos decir “no” (me cuento entre los que lo hacen). Es común que ante una invitación a comer, por ejemplo, se prefiera decir: “Tal vez más al rato, muchas gracias” o “se ve delicioso”. “Por ahora estoy satisfecho, pero de verdad mucha gracias”. Podemos pensar que, y aquí mi aseveración es meramente especulativa, cientos de años de dominación adoctrinaron al mexicano a nunca decir que no, a formular el no de manera elidida. También adoctrinaron a ver a aquellos que se atreven a decir no con seguridad y fortaleza, como rebelde, disoluto, atrevido o en el menor de los casos, grosero y rudo.

Igual que este fenómeno podemos mencionar el “mande” para responder. Es decir, en México es muy usual que las personas al escuchar su nombre, en lugar de decir “sí, diga”, “atiendo”, “escucho”, “dígame”

etc. respondan con un llano “mande” o “mándeme”. Recuerdo sin duda otra vez de la conquista.

Los superlativos hiperbólicos aparecen con cierta recurrencia. Esto es, que el mexicano refiere el uso del superlativo pero lo hiperboliza una vez más al llevarlo a un gran máximo, incluso superior al que el superlativo ya de por sí señala. Así, es común que se use “muchisisísimas gracias”, “preciosísimo”, “malisisísimo” etc. Aunque este uso no es aceptado por la real academia de la lengua, se usa en un nivel completamente cotidiano. En este mismo nivel de la lengua, aparece también la que llame afectación participativa. Este uso ya aparecía en el griego antiguo y consiste en usar erróneamente los reflexivos para señalarse el hablante como parte de la acción que no recae en él. Por ejemplo, cuando una madre dice “mi hijo me reprobó el examen” en lugar de “mi hijo reprobó el examen”, se hace así partícipe de la acción que en ningún nivel le corresponde. Es común que las madres mexicanas digan: “mi niño no me come bien” en lugar de “mi niño no come bien”. Este fenómeno, quiero pensar, proviene de un sentimiento de comunión con el afectado directamente de la acción. Ante el peso del sometimiento, las personas se integran lingüísticamente con estos ejemplos fraseológicos. En la Revolución mexicana de 1910 era común decir “Me lo mataron”, “me la violaron”, “me los levantaron (en el ejército)” para hacerse partícipes del dolor y la aficción que directamente cae, así, sobre los hablantes de tales vejaciones propias de la guerra.

Un fenómeno especial es el abuso del diminutivo simbólico. El mexicano usa el diminutivo para señalar cariño o cercanía. Inclusive los adverbios, que por regla ortográfica no deben pluralizarse ni adjetivarse, acá se vuelven diminutivos: “ahorita, lejecitos, mañanita, tempranito, cerquita, muchito, poquito, etc”. Este fenómeno también aparece en los sustantivos propios o abstractos: “mamacita, amorcito, corazoncito,

frijolitos, etc.” y por supuesto en los adjetivos: “chiquito, grandecito, azulito, morenito, etc.” Este fenómeno es un bello residuo del náhuatl.

Entre lo que podemos llamar influencias externas en los cuatro periodos de la historia de México (Conquista, Virreinato, Independencia y Revolución mexicana) destacan los arabismos: “Aljibe, alhaja, alcoba, alcohol, alberca, azogue, etc.” provenientes de la etapa en la que España fue un pueblo conquistado por los árabes y que acá se usan sin recelo alguno. Por otro lado, existieron dos intervenciones francesas en México con afanes de conquista, la primera también conocida como Guerra de los Pasteles, el primer conflicto bélico entre México y Francia, durante 1838-1839 y el segundo conflicto armado entre México y Francia, durante 1862-1867. Estas, y el gusto que de por sí existía en los grupos sociales de élite hacia el refinamiento francés dejan como resultado un afrancesamiento de la lengua, es decir, un uso cada vez más común de los francesismos (o galicismos) como boulevard, afiche, cabaret, elite, carnet, tupé, vals, etc. Aunque por supuesto, por provenir estos de intervenciones bélicas, se crea también un uso de vocablos despectivos, usado entre los grupos sociales bajos para referirse a los extranjeros. Podemos llamar a este fenómeno propiamente como xenofobia lingüística. Ejemplos de esto son los vocablos “gringo” para referirse al ejército norteamericano, “franchute” para referirse al ejército francés y “gachupín” para el ejército español. Por extensión, estos términos se empezaron a usar para estos extranjeros en general.

Durante la Revolución mexicana, ocurre una suerte de cambio de actitud del hablante por un tono de empoderamiento machista. Esto se puede entender porque obviamente se está formando una identidad de lo que significa ser mexicano, y el lenguaje resentido por el sometimiento extranjero reflejará una cierta “masculinización de la lengua”. El lenguaje

tiene que ser rudo, agreste, imperativo, porque eso es lo que el país naciente necesita: supuestos hombres aguerridos y rudos que sean capaces de matar o morir para defender la patria. Los cobardes son feminizados en el lenguaje. Como ejemplo nuestro este fragmento de la novela *Los de abajo*, de Mariano Azuela:

—¡Mujeres..., algo de cenar!... Blanquillos, leche, frijoles, lo que tengan, que venimos muertos de hambre.

— ¡Maldita sierra! ¡Sólo el diablo no se perdería!

— Se perdería, mi sargento, si viniera de borracho como tú... Uno llevaba galones en los hombros, el otro cintas rojas en las mangas.

—¿En dónde estamos, vieja?... ¡Pero con una... ¿Esta casa está sola?

En este fragmento se ve claramente cómo tratan a la mujer de la casa con rudeza. Este tono es el que se generalizará entre los hombres después de la revolución, aunque las características que he mencionado no se han eliminado del todo y sobreviven de manera muy generalizada en el país hasta el día de hoy. Como conclusión quiero mencionar que si la tesis de este artículo fue demostrar cómo existe una relación entre lengua e historia, el énfasis está en el nivel coloquial. La lengua formal a veces no retrata estas actitudes por demás ricas e identificables del ser mexicano, la literatura sí lo hace. El aspecto académico de la lengua siempre deja de lado estos fenómenos por preferir un uso más positivista de la lengua. Pareciera que lo que se busca es anular los matices al preferir la objetividad de un grado cero de la lengua, que por otro lado, ayuda a la comunicación internacional. Pero ante las normas que regulan la lengua, siempre estará la historia, el corazón de lo que el pueblo de México no ha olvidado.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. COMPANY, C. *Léxico histórico del español de México: régimen, clases funcionales, usos sintácticos, frecuencias y variación gráfica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2002.
2. LEÓN PORTILLA, M. *La visión de los vencidos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
3. PAZ, O. 1914.1998. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Enómica, 2010.
4. RAMOS, S. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Espasa-Calpe, 1999.